

DOS CENTENARIOS

I

CERVANTES

El no haber tenido en cuenta que en 1616 Inglaterra no había aceptado aún la corrección Gregoriana del Calendario, ha dado origen a suponer que Cervantes y Shakespeare bajaron al sepulcro el mismo día 23 de abril. Atendiendo, pues, a dicha corrección, resulta que el poeta inglés espiró diez días antes que el insigne escritor español; sin que esto sea en manera alguna un obstáculo a que los amantes de las letras se apresuren a rendir tributo de admiración, en una misma fecha, a esos dos genios, que son verdadero orgullo de su patria respectiva.

Por lo que a Cervantes se refiere, mal podríamos intentar entretener una corona que hace ya mucho tiempo ha ceñido a sus sienas la fama universal de todo el orbe. Cervantes puso en boca de Sancho estas palabras dirigidas a don Quijote: «Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, o tienda de barbero, adonde no ande pintada la historia de nuestras hazañas». (Parte II, cap. 71). Y es preciso confesar que Cervantes anduvo corto, respecto de su obra magistral, el Quijote, ya que no hay nación civilizada a cuyo idioma haya dejado de traducirse esa obra inmortal, cuyos rasgos geniales han hecho el solaz de los literatos y han provocado la risa en todos los pechos. Para no hablar sino del Quijote, se han hecho de esta obra inmortal más de 500 ediciones en España; 201 inglesas (la primera por Shelton, en Londres, 1632); 169 francesas, 96 italianas, 81 portuguesas, 70 alemanas, 13 suecas, 8 polacas, 6 danesas, 4 griegas, 4 rusas, 2 rumanas, 2 catalanas, 2 vascuences y 2 latinas.

La fama póstuma de Cervantes distó mucho de ser ruidosa y populachera, ni en vida, ni a raíz de su muerte. Las ediciones de sus obras se sucedían una a otra sin atender a la glorificación del autor; y la indiferencia llegó hasta el punto de olvidar el lugar de su sepultura y hacer que sus restos mortales hayan desapare-

cido confundidos en el montón de los insignificantes. Esto, sin embargo, no ha impedido que el sabio y modesto Sir Guillermo Temple, hablando de las obras satíricas, y reprendiendo a Rabelais sus indecencias y groserías, haya podido decir con toda razón: «El incomparable autor del Quijote es mucho más digno de admiración, pues supo componer un libro satírico y graciosísimo sin ninguno de esos ingredientes; habiendo llegado en su género a una altura a que nadie ha llegado ni llegará probablemente.» (Obras, Londres, 1814, 8.º, tomo II, pág. 436).

De su misma figura no ha quedado retrato de legitimidad indiscutible: y ya en el prólogo puesto por el mismo Cervantes a sus «Novelas Ejemplares», decía que bien pudiera poner su retrato al frente «si para ello se lo diera el famoso don Juan de Jáuregui, y con esto quedara mi ambición satisfecha y el deseo de algunos que querrían saber qué rostro y talle tiene quien se atreve a salir con tantas invenciones en la plaza del mundo a los ojos de las gentes, poniendo debajo del retrato: Este que véis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, y las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, este digo que es el rostro del autor de la «Galatea» y de «Don Quijote de la Mancha», del que hizo el «Viaje al Parnaso», a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.»

La fama, pues, del inmortal Cervantes iba arraigándose poco a poco y elaborándose lentamente con las ediciones sucesivas de sus obras, durante los siglos XVII y XVIII, hasta que vino en la primera mitad del siglo XIX la racha de comentaristas y censores del Quijote, quienes con una crítica miope y estrecha, dejaron a menudo mal parada la fama de Cervantes, hasta el punto de dejar la impresión de que el mejor de nuestros escritores no sabía escribir en castellano.

Afortunadamente la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del XX se han encargado de vindicar victoriosamen-

te la memoria de Cervantes, y al llegar el año 1905, tercer centenario de la publicación del Quijote, 115 ciudades españolas, 212 hispano-americanas y 31 extranjeras se encargaron de tributar al Manco de Lepanto el homenaje que de derecho correspondía a ese genio sin segundo.

Dice a este propósito un escritor: «Los verdaderos comentaristas eruditos que con celo infatigable han desenterrado documentos y aclarado pasajes dudosos y oscuros de la vida de Cervantes, le han levantado el más perenne de los monumentos. Los nombres del presbítero Pérez Pastor, Rodríguez María, Cortejón, Fors, Navarrete, Pellicer, Navarro y Ledesma y Pelayo han de merecer la gratitud de los buenos españoles y entusiastas cervantistas. Y una mención muy especial ha de tributarse a la labor árdua y pacientísima del doctor Clemente Cortejón, quien no contento con sus opúsculos sobre biografía y crítica cervantinas, nos ha dado la edición crítica definitiva y más completa del Quijote. Este mismo filólogo, siguiendo a don Juan Calderón, vindicó a Cervantes en más de cien pasajes tachados de defectuosos por Clemencín, puso en el lugar merecido las arrogancias-desaciertos de Pellicer y Hartzzenbusch, y en el prólogo de su cuarto tomo defendió el texto de Cuesta, salvo en aquellos pasajes, muy contados, en que hay evidente yerro de imprenta.»

Nadie mejor que don Clemente Cortejón ha sintetizado en pocas pero magistrales palabras, el mérito del Quijote, cuando ha escrito: «Es Cervantes el primer prosista español, no obstante abundar en incorrecciones, en lapsus gramaticales, faltas de sentido, italianismos y tal cual impropiedad, ya que merced a la gallardía de su estilo, viven en la memoria de todos mil y mil expresiones que sin él no hubiera salvado el tiempo, y ante cuya donosura quedan confundidos los escrúpulos retóricos que sólo prosperan en las decadencias literarias. El señalado mérito del Quijote, primer libro de las literaturas modernas, no se ha de buscar en recónditas alusiones que, salvo dos o tres, todas son bien claras, sino en la concepción típica de los personajes, en ser una pintura de la vida y costumbres henchida de inimitable «humor», en ser una obra humana y de trascendencia universal, retrato de su época y a la vez pintura de una realidad permanente. Como Homero y Shakespeare, Cervantes pertenece a la literatura universal por su potencia creadora, por su riqueza de invención, por el esplendor de su forma. Da fin a una época y comienzo a otra; a la

vez que entona la endecha de la novela medioeval, anuncia la llegada de nuevas generaciones; por eso pertenece tanto a las pasadas, como a la presente y venideras.»

La memoria de Cervantes queda, pues, plenamente vindicada, y nadie de hoy más podrá hacerle descender del pedestal a que le ha encumbrado la crítica con universal consentimiento.

Podríamos hacer un estudio de Cervantes considerándolo como poeta, como dramaturgo, como novelista, haciendo resaltar sus indiscutibles y ya indiscutidas condiciones de escritor, pero creemos que con esto no aportaríamos nada nuevo al conocimiento de nuestros lectores, ya que maestros de la talla de Menéndez y Pelayo, Valera y otros nos han dejado estudios y juicios a la altura de su competencia y de su talento.

Creemos sí que nuestros lectores verán con agrado el catálogo de las obras del inmortal Cervantes, y dado que en todas ellas se encuentran huellas de su genio sin segundo, se comprenderá toda la razón del homenaje que con motivo del Centenario se trata de tributarle, cuyo esplendor viene sin duda a empañar la actual contienda europea.

Serie de sus obras completas:

Deben figurar por orden cronológico de esta manera: «El Epitafio, las cinco redondillas y la Elegía a la muerte de la Reina D. Isabel de Valois» (Madrid, 1576), «Dos sonetos a Rufina de Chamberí» (Argel, 1577), «Carta en verso a Mateo Vázquez, secretario de S. M.» (Argel, 1578), «Odas religiosas en loor de Nuestra Señora» (Argel, 1579), «Dos sonetos» (En «El Romancero», de Padilla, Madrid, 1581), «Sonetos» (contenidos en la «Austriada», de Rufo), «La Galatea» (Alcalá de Henares, 1585), «Varias poesías» (en el «Jardín Espiritual», de Padilla, Madrid, 1585 y en el «Cancionero», de Maldonado, Madrid, 1586), «Varios sonetos» (en «Las Grandezas y Excelencias de la Virgen, de Padilla, Madrid, 1587, y en la Filosofía cortesana», de Alonso de Barros, Madrid, 1588), «Un soneto» (en el «Tratado acerca de las enfermedades de los riñones», de Francisco Díaz, Madrid, 1588), las comedias: «La Gran Turquesa», «La Jerusalén», «La Batalla Naval» (Moratín dice ser ésta de 1584), «La Amaranta», «El Bosque amoroso» (1586), «La Arsindea», «La Confusa» (1587), «Los Tratos de Argel y la Numancia» (impresa por vez primera en Madrid, en 1784), «Un romance» (en la «Flor de nuevos y varios romances», de Villalba, Madrid,

1591), «Un romance en honor de San Jacinto» (obtuvo el primer premio, consistente en tres cucharas de plata, en los Juegos Florales celebrados en Zaragoza por los padres dominicos en 1595), «Un soneto al Marqués de Santa Cruz» (impreso en el «Comentario en breve compendio de disciplina militar», Madrid, 1596), «Soneto a la entrada del Marqués de Medina Sidonia en Cádiz» (Madrid, 1596), «Soneto a Herrera» (Sevilla, 1597), «Dos sonetos y varias quintillas a la muerte de Felipe II» (Sevilla, 1598), «Soneto en loor de la Dragontea de Lope de Vega» (Madrid, 1602), «La primera parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» (Madrid, 1605), «Sonetos a un ermitaño, al Conde de Saldaña y a un valentón metido a pordiosero» (Madrid, 1608), «Dos canciones a la Armada Invencible» (inéditas hasta que Serrano y Sans las publicó en el «Homenaje a Menéndez y Pelayo»), «Carta a D. Diego de Astudillo Carillo, Relación de lo sucedido en la Cárcel de Sevilla» (continuación del borrador de Chaves), «Diálogo de Sillena y Selanio, «Los entremeses», «Doña Justina y Celahorra», «Los Mirones y los Refranes» (Los tres de dudosa autenticidad); las novelas ejemplares: «Rinconete y Cortadillo», «La Gitanilla», «La fuerza de la sangre», «El amante liberal», «El curioso impertinente», «El casamiento engañoso», «El licenciado Vidriera», «El coloquio de los perros», «La española inglesa», «El celoso extremeño», «Las dos doncellas», «La señora Cormelia» y «La tía fingida» (de ésta última háse dudado de su autenticidad, por no haber aparecido hasta 1814; pero además de Apráiz, Bonilla acaba de publicar una edición de «La tía fingida», y de la paternidad de la misma a Cervantes); «Viaje del Parnaso» y «Adjunta al Parnaso» (Madrid, 1614), «Ocho comedias y ocho entremeses» (Madrid, 1615), «Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» (Madrid, 1615, y «Trabajos de Pérsiles y Segismunda» (Madrid, año 1617).

NICOLAS DEL CASTILLO
